

CON LOS COMANDOS CIVILES

Dos “Chevrolets” negros se hallan detenidos frente al antiguo local de la Unión de Estudiantes Secundarios, UES, en la calle Suipacha. Dentro del edificio unos hombres conversan. A pesar de sus ropas civiles, el resto curtido por el sol, su porte y sus gestos indican que se trata de militares.

El edificio es una de las pocas mansiones señoriales que quedan en el centro de Buenos Aires. Hasta hace unos días lo ocupaba la UES, organización estudiantil creada por Perón.

Hoy sus puertas están cerradas. Llamamos y al instante se entreabre una de ellas y me preguntan: “¿A quien busca?”.

Doy un nombre, luego otro; los de dos jefes de la resistencia civil. “No los conocemos”, me responden secamente.

Entonces menciono la consigna: “Saratoga”. La puerta se abre. “Pase”. Tras ella un jardín por que el pasean dos jóvenes con cazadoras de cuero, que no tendrán más de veinte años.

“¿Lleva Ud. armas?”, me preguntan. Hago un gesto negativo. “Levante los brazos”.. Me cachean. “Cuidado, no me hagan cosquillas”.

Ya estoy dentro del local que era de la UES y ahora es la sede de uno de los comandos civiles revolucionarios. Algunos de los jóvenes que veo combatieron hace pocos días en Córdoba contra las fuerzas militares del gobierno de Perón, con la conciencia de que estaban haciendo realidad la orden dada por el general Videla Balaguer en uno de sus mensajes radiados, “hacer de Córdoba un nuevo Alcazar de Toledo si fuera necesario”.

Cruzo el jardín y subo las escalinatas del edificio. En la puerta un hombre delgado, con la chaqueta deformada por la pistola que lleva a un costado, juega con el llavero. “¿A dónde va?”.

De nuevo doy un nombre. “Por acá no viene”. Otro nombre, esta vez de uno de los jefes de los comandos civiles. “Lo conozco de oídas, pero tampoco está”. Es inútil insistir. No voy a poder entrar. .

La larga cadena con las llaves gira alrededor del índice del hombre que terminó de darse a conocer, Daniel, cuando le dije mi apellido. Me mira atentamente, con fría corrección.

“Nosotros somos del *grupo Tulio*. Uds. debe habernos confundido con los del *grupo Lavalle*”.

Yo ya me había dado cuenta que estaba confundido, pero el interés profesional me permitió finalmente entrar en la sede de uno de los comandos civiles revolucionarios.

La labor de las células de resistencia.-Las células civiles jugaron un papel importante en la preparación y desarrollo de la Revolución Libertadora. En Mendoza, en Córdoba, en Mar del Plata, en Bahía Blanca, en Curuzú Cuatiá y en Buenos Aires sirvieron de enlaces entre los jefes militares, distribuyeron millones de panfletos, de hojas de propaganda, transportaron y atendieron heridos y combatieron con el arma al brazo.

Cuando el general Eduardo Lonardi llegó a Buenos Aires para hacerse cargo del gobierno provisional, ellos realizaron misiones de protección en el Aeroparque, donde

tomó tierra en DC3 que lo trajo de Córdoba y en la Costanera y la avda. Leandro Alem, que recorrió en su camino a la Casa Rosada acompañado del almirante Rojas. La Policía había sido hasta el último momento leal a Perón y la Infantería de Marina todavía no había desembarcado.

Ahora las células civiles van disolviéndose. No todas; algunas de ellas como el “grupo Tulio” de la calle Suipacha que permanece acuartelado pero inactivo.

Nada tienen que hacer en una ciudad que ha recobrado el ritmo normal. Hombres con sus carteras bajo el brazo caminan con el paso apresurado de esta ciudad nerviosa, hacia sus *escritorios* y negocios. En la calle Lavalle se encienden los anuncios multicolores de los cines y las parejas van estrechamente agarradas del brazo, quien sabe si para eludir así el frío primaveral del anochecer.

En la esquina un *canillita* vocea diarios uruguayos, gritando desvergonzadamente detalles íntimos de la vida de Perón. El escándalo, del que todo el mundo habla hoy en Buenos Aires. La gente pasa a su lado y mira con indiferencia. Una peronista comenta en voz alta “Canalla. No hay derecho de hablar así. Todas son mentiras”.

El gobierno intenta evitar la campaña sensacionalista contra Perón.- La noticia aparece esta tarde en el diario La Razón, que titula “Fue detenida una menor vinculada al exmandatario, con joyas y efectivo por valor de más de medio millón de pesos. Secuestráronse dos cartas que le envió el presidente depuesto desde su asilo”. Leo el vespertino y un par de periódicos uruguayos en el restaurante “La Vascongada”, en la calle Corrientes, mientras ceno con un amigo que me da detalles. Veo en uno de esos diarios la foto de Nelly Rivas, una joven delgada, de mirada viva y pelo negro, y corto.

Deduzco de lo que en ellos se dice que Nelly Rivas conoció a Perón hace un par de años, con motivo de la visita que un grupo de estudiantes de la UES visitaron la residencia presidencial de Olivos y a donde volvieron varias veces para hacer gimnasia, comer o ver películas con el Presidente. Los encuentros se habrían hecho más frecuentes, pero ya a solas entre la muchacha, de 15 años y Perón, de 60, e incluso acudido juntos al festival Internacional de Cine de Mar del Plata.

Mi colega argentino me explica que tras la muerte de Eva Duarte, su segunda esposa, Perón había sufrido una crisis profunda: se sentía solitario, trabajaba sin entusiasmo y se preocupaba poco de los asuntos políticos, por lo que los obsecuentes ministros que lo rodeaban – el de Educación Mendez Sanmartín y el secretario de Prensa, Aloé, - le buscaron distracciones. El primero, que era quien había creado la UES, llevó jovencitas alumnas de enseñanza secundaria a visitar la residencia y jugar al baloncesto y balonmano y otro hizo Perón se aficionara a pasear en moto, una Siambetta, por los jardines de la residencia, acompañado por las muchachas de la UES.

El general Lonardi intentó frenar la difusión de esas noticias y la Secretaría de Prensa difundió un comunicado diciendo que “el Gobierno Provisional no ve con agrado las noticias y comentarios publicados por algunos órganos periodísticos sobre la vida privada del expresidentes. Considera que la crítica no debe descender en su nivel y que, por el contrario, debe ser elevada y constructiva”.

Un intento como el de poner puertas al campo, teniendo en cuenta desde que se inició la revolución Uruguay, a través de sus periódicos y radios tomó partido en la lucha contra “el sangriento tirano” con una virulencia que iba más allá de la que sentía el pueblo argentino, incluso los más apasionados sectores antiperonistas. Ayer Radio Gardel, que se escucha perfectamente en Buenos Aires al igual que Radio Colonia, gritaba: “Atención, argentinos: no dejen que el tirano se escape en la cañonera”.

Al salir oímos que Nelly Rivas ha sido internada en un reformatorio de menores.

El unico foco de resistencia en la capital.- Camino por la Avda. Corrientes hasta la calle San Martin, donde está – estaba – la sede de la Alianza Popular Nacionalista, el único lugar que en la capital hizo frente a la Revolución Libertadora. Sus miembros habian instalado dos ametralladoras pesadas en las terrazas del edificio Transradio y sobre el café La Fragata, que con su fuego cruzado cubrían toda la calle. El 21 de septiembre las fuerzas sublevadas recibieron desde Córdoba, la orden de eliminar ese foco de resistencia en el corazón de la *city* porteña y avanzaron sobre él con cañones y dos tanques Sherman, enviando un emisario para que se rindieran. Fue expulsado del edificio a empujones, mientras le gritaban “La Alianza no se rinde. Nosotros no aflojamos ni traicionamos”. Los cañones y los tanques dispararon y unos cincuenta hombres, encabezados por Guillermo Patricio Kelly, su jefe se rindieron. Los que quedaron dentro murieron bajo los escombros del edificio de tres pisos, destruído a cañonazos. Se ignora el número de muertos que algunos, estimo que exageradamente elevan a más de 400.

Así termino sin gloria un partido, la Alianza Libertadora Nacionalista, creado por Juan Queraltó que en su programa se definía como anticomunista y proponía un Estado corporativista, a la manera del existente en la Italia de Mussolini, la disolución de los partidos políticos y el control federal de los bancos. En 1945, pocos meses del triunfo electoral de Perón, la ALN contaba con más de 30.000 afiliados. Al asumir la Presidencia Perón estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y con Israel, en 1949 fue aprobada una nueva Constitución, que condenaba la discriminación racial y religiosa y a partir de 1950 empezó a acercarse a los Estados Unidos, con quien al iniciarse la revolución Libertadora tenía estrechas relaciones. Hacía tiempo que la Alianza Libertadora Nacionalista – y los nacionalistas argentinos que no pertenecían ese grupo – se habían convertido en un estorbo para el gobierno peronista. En 1953 Juan Queraltó fue derribado de la jefatura de la ALN por un turbio personaje llamado Guillermo Patricio Kelly, que transformó la ALN en la Alianza Popular Nacionalista, APL, y se puso al servicio del ministro del Interior Borlenghi, convirtiendose en lo que en España se llamaría “partido de la porra”.

Ese fue el triste final de la ALN, la versión del fascismo en Argentina.